

que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.
¿Pues qué enigma es darme pie
la que su mano me ha dado?
¿Qué es lo que espero? ¿qué sé?
Pie o mano, decid, ¿por qué
dais materia a mis desvelos?
Confusión, amor, recelos,
¿soy amado? pero no,
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.
El pie que me dió, será
pie para darla lición,
en que escriba la pasión
que el conde y su amor la da.
Vergüenza, sufrí y callá;
bajad ya, atrevidos vuelos,
vuestra ambición, si a los cielos
mi desatino os subió;
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.



LOS AMANTES DE TERUEL

- ISABEL (*Que vuelve en sí.*)
Drusila ¿es este sueño?
¿es imaginación o fantasía?
¿que de mi amante dueño
no tengo de gozar la compañía?
¿es cierto? ¿es desvarío?
di: ¿es ilusión del pensamiento mío?
¿Qué es esto cielo, airado
contra mi humilde pecho tan esquivo?
¿Muerto mi dueño amado,
mi dueño amado muerto, cómo vivo?
Drusila, amiga amada,
dame la muerte con alguna espada.
- DRUSILA Señora tu prudencia
has de mostrar aquí.
- ISABEL Déjame agora,
que no ha de haber paciencia,
a tan extraño mal.
- DRUSILA Mira, señora,
que eres cristiana advierte.
- ISABEL Es gentil el amor en vida y muerte.
Déjame.
- DRUSILA ¡Caso extraño!
El seso ha de perder.
- ISABEL Murió mi dueño.

Mi bien faltó, mi daño
fué verdadero, mi ventura sueño,
mi gloria fantasía,
¿es sombra vana la esperanza mía?
¡Oh enemigo soldado
de mis males injusto mensajero,
de brazo arremangado!
Alarbes bañez, el morisco acero;
agrávieme un cobarde;
a la venganza siempre llegues tarde.
Quiébrese la espada
en la ocasión primera, y un bisoño
te dé una bofetada,
todo un tercio delante. Y al otoño
de la vida postrero,
llegue tu abril, como llegó mi enero.
Conjúrense los cielos
contra los bienes que tu amor desea;
tu dama te dé celos,
y tu competidor humilde sea;
llores sin esperanza
ausente olvido, y con amor mudanza.
Con la presencia enfades,
y bien ninguna gala te parezca:
nunca sirviendo agrades,
siempre la que sirvieres te aborrezca,
y a la envidia rendido,
muera, cobarde, como mal nacido.
Del mar a tus querellas,
sordo te trague el piélagos arrogante,
o al contar las estrellas,
una mina sin alas te levante;
y al fin como yo muera,
serás retrato de mis penas fieras.

DRUS.
ISA.
DRUS.

Señora, aguarda, escucha.
¡Qué he de escuchar!
Consuelos y razones.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

[Fray Gabriel Téllez.]



LA VILLANA DE VALLECAS

DON JUAN

Vos seáis tan bien venida
como por mayo la lluvia,
como por enero el sol,
como en creciente la luna,
que alegrando al caminante,
preside en la noche oscura,
y enseñándole la senda,
sus peligros asegura.

DOÑA VIOLANTE ¿Aquí estaba su mercé?

¡Han vido lo que madruga!

DON JUAN

El cuerpo sí, porque el alma
desde que ayer os vió, os busca.

DOÑA VIOLANTE ¿Luego el alma tien buscona?

DON JUAN

Y si halla lo que procura,
buen hallazgo me prometo.

DOÑA VIOLANTE ¿Qué ha perdido?

DON JUAN

Joyas muchas.

La libertad, que se fué
de casa, y como criatura,
no acierta a volver a ella,
por más que llora y pregunta.

DOÑA VIOLANTE Pues cósala a las espaldas

un letrero o escritura,
o dé un real al pregonero;
que él la hallará, aunque sea aguja;
o haga ponelle una corma
después, porque no se le huya;
que si da en buscar novillos,
sin ser música, hará fugas.

D. JUAN Vino ayer una gitana
que las libertades hurta,
y temo que se la lleva.

D. VIO. Gitanas son malas cucas.
D. JUAN ¿Y si vos fuédes ésta?

D. VIO. ¡Mas arre! Habrar con mesura
que entiendo poco de rayas,
y no me precio de bruja.

D. JUAN A lo menos hechicera
debe ser vuestra hermosura,
y vos gitana de amor,
que me dice la ventura.

D. VIO. Bellaca se la prometo,
si es que a mí me la pescuda;
porque mal la dirá buena
quien se queja de la suya.

D. JUAN Donaire tenéis
D. VIO. Sin don;

que en Vallecas más se usa
el aire al limpiar las parvas,
que el don que mos las ensucia
¿Tiene de bajar por pan?

D. JUAN ¿Es blanco?

D. VIO. Como el azúcar.

D. JUAN ¿Sabroso?

D. VIO. Como unas nueces.

D. JUAN ¿Reciente?

D. VIO. Que abraza y suda.

D. JUAN Todo lo que vos traéis

D. VIO. quema.

D. JUAN Seré calentura.

D. VIO. ¿Habeislo vos amasado?

D. VIO. Pues.

D. JUAN. ¿Vos misma?

D. VIO. ¡No, si el cural

D. JUAN. Habéisle vos de partir
con los dientes.

D. VIO. De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?

D. JUAN. También.

D. VIO. Arre, que echa pullas.

D. VIO. ¿Y qué queréis her con ella?

D. JUAN. La nieve de su blancura
podrá mitigar mi fuego.

D. VIO. ¿Es mi mano la de Judas,
con que matan las candelas,
dejando la iglesia a oscuras?

D. JUAN. Dámela no seas cruel.

D. VIO. Hágase aliá; no se aburra
por ella; que tiene dueño.

D. JUAN. Ea.

D. VIO. A fe que le sacuda.
¿No le he dicho que hay quien pida
cuenta de ella?

D. JUAN. ¿Cuenta?

D. VIO. Y mucha.

D. JUAN. ¿Luego quieres bien?

D. VIO. Un poco.

D. JUAN. ¿Amor tienes?

D. VIO. Una punta.

D. JUAN. ¿Eres casada?

D. VIO. En eso ando.

D. JUAN. ¿Serás pues doncella?

D. VIO. En muda.

D. JUAN. ¿Estás concertada?

D. VIO. Estaba.

D. JUAN. ¿Y ahora.....?

D. VIO. Se ofrecen dudas.

D. JUAN. ¿Qué esperas?

D. VIO. Que nos arrojen

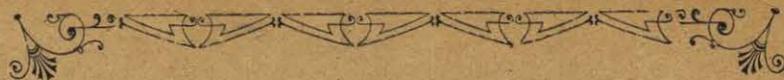
- D. JUAN. ¿De dónde?
D. VIO. De la trebuna.
D. JUAN. ¿Para desposaros?
D. VIO. Pues.
D. JUAN. ¿Quién lo estorba?
D. VIO. Mi fortuna.
D. JUAN. ¿Tienes celos?
D. VIO. Por arrobas.
D. JUAN. ¿Con justas causas?
D. VIO. Con justas.
D. JUAN. Yo te vengaré.
D. VIO. ¿Y podrá?
D. JUAN. ¿Pues no?
D. VIO. Es persona robusta. . . .
D. JUAN. ¿No es villano?
D. VIO. Eslo en el trato.
D. JUAN. Pues muera.
D. VIO. ¿Quién le rempuja?
D. JUAN. Tu agravio.
D. VIO. El se enmendará.
D. JUAN. Los míos.
D. VIO. ¿En qué le injuria?
D. JUAN. En amarte.
D. VIO. ¡Adiós pluguiera!
D. JUAN. ¿Es mudable?
D. VIO. Cual la luna.
D. JUAN. Aborrécele
D. VIO. ¿Por quién?
D. JUAN. Por mí.
D. VIO. Arre, que echa pullas.
D. JUAN. Labradora de mis penas,
que contándome las tuyas,
entre lágrimas y celos
mi esperanza traes confusa,
si te casas y me dejas,
tu vida y mi sepultura
celebrará amor a un tiempo.
D. VIO. Habrá requies y aleluyas.
¿Parécele a su mercé
que las labradoras usan

- quillotros de amor infame,
sino es con voluntad lumpia?
D. JUAN. Limpio es mi amor.
D. VIO. Si le lava.
¿Casaráse él por ventura
conmigo, como mi Antón?
D. JUAN. Por ventura y será mucha
la que el cielo me dará.
D. VIO. Es muy alto de estatura
y muy pequeña mi suerte.
D. JUAN. Amor las iguala y junta.
D. VIO. No sabré yo entarimarme,
ni caminar campanuda
en cuatro leguas de ruedo,
como cesta de criatura.
¡Bonita es la muchacha
para estarse hecha figura;
sufriendo en una visita
desacatos de una pulga!
el amor anda entre iguales,
que no hay labrador que unza
si quiere arar igualmente,
un camello y una mula.
Supuesto esto, o toman pan
en casa, o adiós.
D. JUAN. Escucha,
simple-sabia de mis ojos:
si palabras aseguran,
si juramentos obligan,
si prendas desatan dudas,
por la luz de esos dos soles
que mis tinieblas alumbran,
por el abril de esa cara
que el enero no destruya,
que si hallo que tu opinión
corresponde a tu hermosura,
sin mirar en calidades,
(que amor no las pide nunca)
Rendirte he, siendo tu esposo
la hacienda que me asegura

- D. VIO. dos mil ducados de renta.
Mire, si limpiezas busca,
mas cristiana vieja soy
que Vizcaya y las Asturias.
- D. JUAN. ¿Has cobradome afición?
- D. VIO. No sé qué diabros me hurga
desque le vi, dentro el alma,
que tien más de mil agujas,
pero en fin, ¿se casará
connigo?
- D. JUAN. Sin falta alguna.
- D. VIO. ¿Y empalagaráse luego?
- D. JUAN. Amor firme siempre dura.
- D. VIO. Lo dulce luego empalaga,
y como el amor es fruta,
suele comerse al principio,
y enfadar después madura.

ACTO SEGUNDO.—Escena V.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.



El desdén con el desdén

- CARLOS. Y yo el primero señora
vengo, pues es deuda igual,
a cumplir mi obligación.
- DIANA. Pues ¿cómo, sin afición
sois vos el más puntual?
- CARLOS. Como tengo el corazón
sin los cuidados de amar,
tiene el alma más lugar
de cumplir su obligación.
- DIANA. Mucho, no teniendo amor
vuestra asistencia me obliga.
- CARLOS. Si es mandarme que prosiga,
sin hacerme ese favor,
lo haré yo, porque obligada
a eso mi atención está.
- DIANA. Poca lumbre el favor da.
- DIANA. ¿Luego al favor que yo os hago
no le dais estimación?
- CARLOS. Eso, con veneración,
mas no con amor, lo pago.

DIA. Si yo a querer algún día
me inclinase, fuera a vos.
CAR. ¿Por qué?
DIA. Porque entre los dos
hay oculta simpatía:
el llevar vos mi opinión,
el ser vos del genio mío;
y a sufrirlo mi albedrío,
fuera a vos mi inclinación.
CAR. Pues hicierais mal.
DIA. No hiciera;
que sois galán.
CAR. No es por eso.
DIA. ¿Pues por qué?
CAR. Porque os confieso
que yo no os correspondiera.
DIA. Pues si os viérades amar
de una mujer como yo,
¿no me quisiérades?
CAR. No.
DIA. Claro sois.
CAR. No sé engañar.
.....
DIA. Yo os tuve por más discreto.
CAR. Pues ¿qué he hecho contra razón?
DIA. Esto es ya desatención.
CAR. No ha sido sino respeto.
Y porque veáis que es error
que hay en el mundo quien crea
que el que quiere lisonjea,
escuchad lo que es amor:
amar, señora, es tener
inflamado el corazón
con un deseo de ver
a quien causa esta pasión,
que es la gloria del querer.
Los ojos, que se agradaron
de algún sujeto que vieron,
al corazón trasladaron
las especies que cogieron,

y esta inflamación causaron.
Su hidrónico ardor procura
apagar de sus antojos
la sed, viendo la hermosura;
mas crece la calentura
mientras más beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
quien corresponde al amor,
Bien se vé que es desleal;
pues le remedia el dolor,
dándole más fuerza al mal.
Luego el que amado se viere,
no obliga en corresponder,
si daña, como se infiere.
Pues oid cómo en querer
tampoco obliga el que quiere:
quien ama con fe más pura,
pretende de su pasión
aliviar la pena dura,
mirando aquella hermosura
que adora su corazón.
El contento de miralla
le obliga al ansia de vella:
esto en rigor es amalla;
luego aquel gusto que halla,
le obliga sólo a querella.
Y esto mejor se apercibe
del que aborrecido está;
pues aquel amando vive,
no por el gusto que da,
sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
de la dama que apetecen,
no sienten la desazón
porque causa su pasión,
sino porque ellos padecen.
Luego si por su tormento
el desdén siente quien ama,
el que quiere más atento,
no quiere el bien de su dama,

sino su propio contento.
A su propia conveniencia
dirige amor su fatiga;
luego es clara consecuencia
que ni con amor se obliga
ni con su correspondencia.

DIA. El amor es una unión
de dos almas, que su ser
truecan por transformación;
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y elección.
Luego, si el gusto es después
del agrado y la elección,
y ésta voluntaria es,
ya le debe obligación,
si no amante, de cortés.

CAR. Si vuestra razón infiere
que es amar obligación,
¿por qué os ofende el que quiere?

DIA. Porque yo tendré razón
para lo que yo quisiere.

CAR. Y ¿qué razón puede ser?

DIA. Yo otra razón no prevengo
mas que quererla tener.

CAR. Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.

DIA. Y ¿si acaso el tiempo os muestra,
que vence vuestra porfía?

CAR. Siendo una la razón nuestra,
si se venciera la mía,
no es muy segura la vuestra.

AGUSTIN MORENO Y CABAÑA.

JORNADA SEGUNDA.—Escena II.

INDULGENCIA PARA TODOS

D. CARLOS. ¿Quién pudiera preveer
que te cegaras, maldito?

D. SEVERO. Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.

Así nada es de extrañar
que yo jugara y perdiera;
lo que sí me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
a esa lóbrega mansión.

D. CARLOS. Es casa de diversión.

D. SEVERO. Es casa de Belcebú.

D. CARLOS. ¿Aun la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
que así te altera?

D. SEVERO. Yo vi
un infierno en miniatura,
y no merece otro nombre
porque se deja al entrar
cuanto puede recordar
los privilegios del hombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALONSO REYES"

1940 1625 MONTERREY, MEXICO

En un ahumado aposento,
anegado en porquería,
he visto en un solo día
lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa o bufete
allí un mandil se descubre,
que más empuerca que encubre,
y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal velón
moribundo, desdichado,
quien, a pesar de su estado,
manifestó la intención
que de alumbrarnos tenía;
mas le faltó un requisito
y fué el aceite maldito,
que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa al redor,
y por tal luz alumbrados,
encontramos ya sentados
esperando un redentor,
a una porción de estafermos,
que por ser desaliñados,
flacos, puercos y estropeados;
me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios, y qué sudores
tuve! ¡qué susto me diste
cuando al oído dijiste:
estos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
fumando su cigarrito,
manejando aquel librito
o recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
ni sus dedos, ni sus uñas,
no se quejen las garduñas,
o chille un cristiano nuevo;
pero añadiré sencillo
que si le encuentro en la calle,
en lugar de saludalle
le doy mi capa y bolsillo.

¡Qué juramentos! ¡qué horrores!
¡qué reniegos! ¡qué porvidas!
y otras voces conocidas
tan solo entre jugadores.
Acá gana una *judía*,
allí las sotas se *dan*,
piérdese un buen *ganarán*
o quiebra *contra-judía*.
Allí sin soga se *amarra*,
se *apunta* sin escopeta,
sin necesidad se *aprieta*,
se *mata* sin cimitarra;
también se *entierra* sin ser
doctor ni sepulturero,
y en fin se pierde el dinero
sin oír, sin hablar, sin ver.
Estos, amiguito, son
los primeros, que sin tasa
se encuentran en esa casa,
que llamas de diversión.
Y no siento ciertamente
haber jugado y perdido,
sino el haber conocido
pocilga tan indecente.

D. CARLOS. Es verdad pero disculpa
tengo, y sabes que el entrar
fué solo disimular.

D. SEVERO. No, tú no tienes la culpa:
bien lo sé. La culpa es mía,
mi confesión es muy clara:
y obré anoche cual obrara
un chino de escuela pía.
Si yo hubiera despreciado
tus bravatas, si me río
y no admito el desafío,
todo estaba remediado.
El deber y la amistad
me lo mandaban así,
y aunque yo lo conocí,
me cegó la vanidad.

Luego, ya se ve, quisimos
disimular este error,
cometiendo otro mayor.
¿Y qué es lo que conseguimos?
pasar una noche entera
mezclados con gariteros,
malgastar nuestros dineros,
y perder la lisonjera
opinión de la honradez.

D. CARLOS. ¿Y quién saberlo podrá?

D. SEVERO. La conciencia.

D. CARLOS. Callará.

D. SEVERO. ¿Calla jamás este juez?

D. CARLOS. Vamos, vamos, ten paciencia,
que según voy entendiendo,
aun están todos durmiendo
en casa, y por consecuencia
nuestra falta no han notado.

D. SEVERO. ¿Y los criados?

D. CARLOS. ¿Presumir
quieres que lo han de decir?

D. SEVERO. Un secreto en un criado
se indigesta luego, luego.

D. CARLOS. Es que yo les prevendré
que callen.

D. SEVERO. Peor.

D. CARLOS. ¿Y por qué?

D. SEVERO. Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
es trocar los frenos, Carlos,
y quien llega a equivocarlos
no deshace fácilmente
tamaña equivocación,
lográndose de este modo
que uno pierda su acomodo,
y el otro su estimación

D. SEVERO. No importa, voiles a hablar.

D. CARLOS. ¿Al fin te decides?

D. SEVERO. Sí.

D. CARLOS. Haz lo que quieras y di

pues vas adentro, a Gaspar
que venga sin dilación.

D. CARLOS. ¿Tienes algo qué mandarle?

D. SEVERO. Sí: se me ha ocurrido enviarle
a casa.

D. CARLOS. ¿Alguna comisión
para el viejo, eh?

D. SEVERO. Pues.

D. CARLOS. Ya estoy:

quizá será por dinero.....

D. SEVERO. Hombre, no seas majadero.

ACTO CUARTO.—Escena I.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.